

UNIVERSIDAD DE MEXICO

★ **ORGANO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO** ★

VOLUMEN II

MEXICO, AGOSTO DE 1948

NUMERO 20



**EL CUARTO CENTENARIO
DE LA UNIVERSIDAD**

D I A L O G O **CON MARCEL BATAILLON**

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

Las autoridades de la Universidad Nacional de México, inspiradas por el deseo de que se revista del justo esplendor una efemérides tan culminante como la conmemoración del cuarto centenario del establecimiento de la gran casa de cultura, dictaron ya algunos acuerdos preliminares al respecto y nombraron un comité de seis miembros que se encargarán de promover lo conducente.

Aunque la Universidad se inauguró en el año de 1553, su fundación data de 1551, cuando Carlos V expidió la carta real que vino a constituir la. Ese fué el remate de las perseverantes gestiones desplegadas por fray Juan de Zumárraga y don Antonio de Mendoza, que a la par, y después del primitivo empuje civilizador de los misioneros franciscanos, lograron erigir un aposento donde se enseñasen las disciplinas educativas superiores. En el alba del saber americano, nuestra Casa de Estudios,—organizada sobre el modelo de la Universidad de Salamanca— tuvo el privilegio de albergar a dos insignes humanistas, cuyo prestigio trasciende a nuestros días: Francisco Cervantes de Salazar y fray Alonso de la Veracruz. Luego, durante la etapa colonial, habían de afinar la inteligencia en sus claustros figuras tan excepcionales como Juan Ruiz de Alarcón y don Carlos de Sigüenza y Góngora.

La historia de cuatro siglos de afán mexicano se refleja, íntegra, en la vida académica de la Universidad. Durante las centurias anteriores a la Independencia privaba un cuerpo de dogmas al que la ilustre casa no podía substraerse; pero su contribución a la cultura del país no fué vana, pese a todo, y destaca sobremanera en planteles tan adelantados como el Colegio de Minería.

Desde la restauración prohijada por don Justo Sierra en 1910, la Universidad se incorpora plenamente al tono de la época, y su funcionamiento es adaptado, cada vez con mayor penetración y fidelidad, al ritmo del desenvolvimiento social, humano, de la República. La transformación acelerada de la vida en nuestros días demanda que se le subordinen, con dignidad pero sin regateos, todos aquellos focos de cultura que, como la institución Real y Pontificia ahora remozada, atienden al prominente menester de formar ciudadanos útiles, inclinados con rectitud hacia la tarea de servir.

La coyuntura de la conmemoración que se aproxima dará oportunidad para meditar, con el más severo rigor, acerca del extenso y accidentado camino que hasta aquí recorrió nuestra Alma Mater. Es preciso tomar lección de las intensas batallas espirituales que en ella se libraron, de los sacrificios que aparejó la conquista de prerrogativas de libertad que en su seno fructifican y que han de seguir subsistiendo. Pero, sobre todo, la grata efemérides debe tornarse punto de convergencia común para un esfuerzo por lograr que la Universidad Nacional de México, a la vez que aumenta su longevidad, ensanche su acción bienhechora y se implante con mayor hondura en la simpatía de todos, por efecto de su constancia en ayudar a la solución de los problemas de la patria.

—Se puede advertir que el hispanismo europeo ensancha su horizonte. Hace medio siglo fué posible un movimiento hispanístico en Francia gracias a la vecindad con España. Hoy es más viva nuestra curiosidad hacia los problemas de Hispanoamérica. Tenemos que resolver el problema del intercambio intelectual. Y si es cierto que en Francia desconocemos los libros y las publicaciones hispanoamericanas más modernos, ello se debe a la falta de divisas, que nos hace prohibitiva su adquisición. Pero ya van y vienen mexicanos y franceses de un lado a otro del Atlántico. Hace poco estaban en París Silvio Zavala, Julio Jiménez Rueda y Jesús Silva Herzog. Aquí estoy cumpliendo un gran deseo que tenía de asomarme al mundo mexicano e hispanoamericano. Lo cumpla gracias al Colegio de México y a su presidente Alfonso Reyes, el primer mexicano a quien he conocido en España y con quien me une una vieja amistad, el hombre en quien la cultura más universal cobra el sabor propio de su tierra.

—Creo que cada universitario tiene el derecho y el deber de opinar libremente en política, pero que la Universidad ha de ser para todos ellos lugar de convivencia en que se enfoquen los problemas en total: independencia respecto de todos los credos políticos. Estoy muy de acuerdo con lo que, sobre este tema, dijo don Rafael Altamira en el banquete ofrecido al Rector Garrido, refiriéndose a la doctrina del inolvidable don Francisco

Giner de los Ríos. Doctrina de puro civismo, al fin y al cabo.

Mi charla con el gran hispanista francés doctor Marcel Bataillon, ha sido en los momentos en que él se hallaba en vísperas de abandonar México para cumplir uno de los más interesantes itinerarios para un hombre de estudio europeo que anhele asomarse inteligentemente al panorama de la cultura en este continente. Ha sido una conversación sencilla, como lo es en grado sumo el ilustre interlocutor que trae una misión de la Francia rediviva y que se detendrá en Guatemala, Panamá, Perú, Colombia y Venezuela para decir su mensaje a los universitarios que conocen muy bien la obra que el doctor Bataillon ha realizado como humanista e investigador de primerísima calidad. En sus tres conferencias sobre el teatro de Lope nos demostró que su erudición y su disciplina en la cátedra son magistrales. Ya en el diálogo sobre temas que le seducen, va discutiendo en nuestro idioma, y al preguntarle sobre el México que deseaba conocer, responde:

—No me figuraba esta metrópoli ni tan moderna ni tan americanizada, ni tan colonial, sino con más huellas de la época porfirista; una ciudad menos ruidosa, con menos anuncios luminosos, sin rascacielos. Tiene una animación que no sospechaba. Me encanta ver que tiene muchos más rasgos de la época colonial, que ha sabido conservarlos. Tiene un encanto de ciudad vieja más profundo del que yo creía. Sus jardines... Su Ala-